



# La batuta y la esvástica

Josep Maria Pou interpreta al controvertido director de orquesta alemán Wilhelm Furtwängler en una intensa función sobre la responsabilidad del artista

JACINTO ANTÓN  
Barcelona

“El único director de orquesta cuyos gestos no tienen una mímica ridícula es Furtwängler. Sus gestos parten de lo más íntimo de su ser. A él se debe el mérito de haber hecho de la Orquesta Filarmónica de Berlín un conjunto muy superior al de Viena”. Es agradable que alguien hable bien así de ti. Menos gracia tiene que sea Adolf Hitler.

El líder del III Reich hizo esos comentarios elogiosos del famoso director de orquesta Wilhelm Furtwängler (1886-1954), por el que tenía debilidad, durante una cena en el Berghof en abril de 1942. El dictador había conseguido convertir al músico en un ícono de la política cultural de su régimen, con todo el beneficio propagandístico que eso representaba para un sistema que en el apartado artístico, por decirlo suavemente, cojeaba un poco (y no se vea en esto solo una referencia poco piadosa a Goebbels). Vamos que Furtwängler le vino muy bien a los nazis. Y —probablemente— viceversa.

Hombre de enorme prestigio internacional, a diferencia de otros artistas alemanes talentosos decidió permanecer en Alemania y convivir —sus detractores dirían contemporizar— con el peor régimen asesino que ha visto la historia. A diferencia de otros creadores, Furtwängler creyó que podía hacerlo sin salpicarse, manteniendo su integridad artística y moral que, hombre para nada modesto, consideraba grandes.

La cuestión de si es posible seguir aferrado a tu arte en un contexto como el de la Alemania nazi, si la fidelidad a las musas (e interpretar muy bien Beethoven) te permite atravesar intacto la ciénaga de una dictadura criminal, así como el eterno debate de las relaciones entre cultura y poder, arte y política, es-



El director y actor Josep Maria Pou (sentado) como Furtwängler, en un momento de *Prendre partit*.

tán en el fondo de *Taking sides* (1995), de Ronald Harwood, una obra de teatro centrada en el caso *Furtwängler*, que se estrena hoy en el Teatro Goya de Barcelona en versión catalana de Ernest Riera (*Prendre partit, Tomar partido*), con dirección de Josep Maria Pou, que además in-

## La pieza transcurre durante el proceso de desnazificación del músico

terpreta al director de orquesta. La pieza transcurre en 1946 y se centra en el proceso de desnazificación a que fue sometido Furtwängler, acusado de colaboracionismo. El núcleo de la función es el interrogatorio del músico por parte de un ficticio ofi-

cial estadounidense al que la música le importa un comino y Euterpe ni te digo, el mayor Steve Arnold (Andrés Herrera). “Ese enfrentamiento entre el genio y el hombre vulgar, que inicialmente lo encuentra un pedante y un pedazo de nazi, es lo mejor de la obra”, señala Pou.

Comparten escena con ellos un teniente de origen judío (Pepo Blasco), una mecanógrafa alemana (Anna Alarcón) que guarda un secreto y dos testigos (Pepo Blasco y Sandra Monclús). Durante la representación se escuchan grabaciones originales de conciertos de Furtwängler.

“Es una de esas funciones que escojo porque remueven algo en la conciencia del espectador, de las que se sale con los bolsillos llenos de preguntas”, dice Pou.

“A Furtwängler se le declaró inocente y volvió a dirigir la Filarmónica de Berlín, pero no se

pudo evitar que planeara sobre él una sombra de duda”, continúa Pou. “Preguntas como si sabía todo lo que ocurría con los judíos, si se quedó por su carrera, o si el artista está por encima del bien y el mal”.

Pou no quiere decantarse a favor o en contra de Furtwängler, pero subraya algunas cosas buenas, como que protegiera a los músicos judíos de su orquesta. Y, de hecho, tuvo un desencuentro puntual con Hitler porque apoyó a Paul Hindemith, considerado autor de “música degenerada” por los nazis.

También destaca Pou que Furtwängler buscara un subterfugio para no tener que hacer el saludo nazi en un concierto en presencia de Hitler —salió ya a escena con la batuta en la mano— o que discretamente se limpiara la mano con un pañuelo tras estrechársela a Goebbels, que ya es gesto.